

pero nada ha podido romper el hielo de la indiferencia europea. Europa no conoce sino a la América pintoresca de generales sin ejército, de montoneras absurdas, de fusilamientos bárbaros, de caudillos arrogantes y rapaces, de funcionarios ladrones que economizan — como ellos mismos lo aseguran con desplante inaudito — algunos millones de pesos durante los años precarios del poderío provisional para luego gastarlos en París o en las playas con hetaíras de alto tacón y agudo diente. Es que la humanidad es ante todo sentimental. Necesita tradiciones, leyendas, poesías... Que todos los monumentos, las rocas y hasta el polvo de las carreteras le hablen de hechos grandiosos. Nuestra historia, se me dirá, está llena de hechos notables. Aunque así fuera, no ha habido quien los cante; nuestros poetas sólo cantan a sus novias, a los magnates o acaso, a la naturaleza cuando no tienen novia o han comido bien. Nuestros poetas, según la linda frase de Luis Tulio, son "pobres gaviotas que no se atreven a cruzar el mar." (1) Nues-

(1) No, no tenemos poetas. Ni siquiera tenemos histriones puesto que no nos divierten. Los que hacen versos en México, son unos pobres ociosos que encerrados en su impotencia, en su incapacidad de emoción verdadera, sólo pulsan la lira para cantar sentimientos personalísimos — como aquel célebre hombre que hizo una lira de sus propios cuernos — o nos aburren con cosucas que sólo a ellos les importan. Recuerdo que cierta ocasión, a raíz del advenimiento del Apóstol a la presidencia, uno de los más inteligentes de nuestros artistas, pensionado en el extranjero, se quejaba de que Madero careciese — a su entender, naturalmente — de gusto artístico. Y alguien le replicó con esta inesperada "boutade": "Madero es el primer artista de la República. Ha concebido el más bello de los cuadros y el más hermoso de los poemas."

Ignoro si el dulce y caritativo agricultor de San Pedro de las Colonias se ocupó alguna vez de hacer versos al estilo de todos los criollos ibero-americanos, pero sí me consta que no ha habido quien cante sus glorias. Los graves y trascendentales acontecimientos de los últimos cuatro años no parecen haber provocado la menor vibración en las almas de nuestros poetas o los hombres así llamados porque se ocupan de escribir sandeces en columnitas. Un hombre que no siente lo que tiene en derredor, lo que conmueve hasta al último barrenadero: un hombre cuyo corazón no participa del sentimiento general de su país, que canta lo trivial cuando vive en plena epopeya, que carece de sinceridad o de independencia, podrá ser todo lo que se quiera, pero un poeta, no.

Creo firmemente que la demasiada literatura es en extremo perjudicial al vigor de los pueblos. Tales excesos perdieron a Grecia y hoy enervan a

tras maravillas naturales no han sido escenario de grandezas, no están "suficientemente impregnadas de humanidad." No se va a Suiza sólo por ver la Jungfrau. La sombra de Carlos V en Fuenterrabia, la evocación de Duguesclin en Bayona, el culto a Napoleón en los Inválidos interesan y conmueven más que el esplendor de las catedrales, la elegancia frívola de las playas o el arte refinado de los teatros. Además, nos han faltado hombres de prestigio, de trascendencia. Con excepción, quizá, de Drago, ninguna de nuestras celebridades latino-americanas es conocida en Europa. El General Díaz toma su chocolate en el Pré Catelan en medio de la más absoluta indiferencia mientras don Guillermo Landa, no obstante su pose de lord auténtico, se encoragina porque los cocheros no le hacen caso. Noguchi, el descubridor del microbio de la rabia y el aislador de la sífilis, han dado más a conocer el Japón que Nogui y Togo, vencedores de europeos. Nadie nos conoce en Europa. A Juárez, lo caricaturizaon de charro argentino, de gaucho. A Madero no lo han caricaturizado todavía (el señor Paul Viollet, del Instituto, Presidente de la "Sociedad para la Defensa y Protección de las razas indias" catedrático de Sociología en la Escuela de Derecho de París, se admiraba de que la figura de Madero "tan original por su obra y por sus virtudes y no obstante ser una de las más originales figuras de la historia contemporánea" (sic) fuera tan desconocida en Europa.) (1)

Francia; pero si en México abundan los hombres que casi no se ocupan de otra cosa, es lamentable que sus facultades de emoción aparezcan tan precarias, tan negativas. México no necesita de excitantes o deprimentes neuróticos para conquistar su futura grandeza porque cuenta con una raza cuya energía guerrera de hoy se convertirá en la acción pacífica y vigorosa de mañana; pero los vanos e insoportables comediantes que llenan las páginas de los periódicos especialistas, han demostrado que no tienen una sola fibra del viejo riñón que hace de esos hombres excepcionales, los cantores de la humanidad, porque han experimentado con mayor intensidad sus sentimientos y sus pasiones.

En los esclavos no hay poetas. Una cuerda oprimida, jamás vibra. En cambio ¿hay algo más libre que una cuerda en vibración?

(1) Dos cosas perfectamente aztecas son en Europa muy populares... pero se ignora su origen: el chocolate (chocol: cacao; atlagua) y el vals "Sobre las Olas" cuyo autor, en Francia, es Monsieur Dupont y en Alemania un Strauss cualquiera.

Si el pensamiento europeo no hubiere estado tan dirigido, tan fijo en el desarrollo de la cuestión balcánica, la trascendental revolución agrarista que agita a México desde hace cuatro años, habría despertado el interés de los pensadores, particularmente socialistas, como más tarde ha venido a preocupar a los financieros y a los bolseistas. La prensa entera, —aunque por lo menos que el dinero de Huerta no hubiera podido sobornar— pero sobretodo la prensa socialista o demócrata, habría condenado vigorosamente el asesinato de Madero y los procedimientos medioevales de aquel soldadón que traicionaba y asesinaba con idílica frescura. No obstante el limitadísimo criterio filosófico de sus nacionales emigrados a México, —atañeros, cajoneros, ferreteros— los pensadores europeos se habrían dado cuenta de que los mexicanos no se estaban destrozando por puro gusto y que algo debería haber en aquel lejano país de tan grandes heroísmos y tan inauditas traiciones. Hubieran comprendido que un pueblo sin clase media, un país cuyos inmensos territorios se encuentran en manos de setecientas familias privilegiadas entre sus quince millones de habitantes, tiene que hacer revoluciones para encontrar su equilibrio, pues sus opresores no le dejan otro medio. Los pensadores europeos habrían comprendido que las revoluciones de México no son simples subversiones de grupos y de caudillos, sin orientación ni ideales, sino el heroico esfuerzo de una raza para conquistar su mejoramiento.

Los gobiernos europeos se apresuraron a reconocer el gobierno de Huerta sin percatarse de las causas ni de las consecuencias, porque se figuraron que en "países salvajes", así como suena, "en países salvajes debería gobernar el más salvaje". No obstante, en Francia, interrogado por el representante Delahaye, el Ministro de Finanzas declaró que el Gobierno Francés no aconsejaba el cubrimiento de la segunda "tranche" del empréstito mexicano, mientras este país no contase con un gobierno "legal y de orden" (sic), excusándose de no haber

desautorizado la primera "por no poner en gran desprecio los valores mexicanos en manos de ciudadanos franceses". (1).

Esta declaración y el enfriamiento de las relaciones de las potencias con el usurpador, sobrevenido casi inmediatamente después de haberlo reconocido, nos hace sospechar que el reconocimiento se obtuvo por sorpresa, por el apremio del embajador americano, bajo cuyo patrocinio se hizo el pacto de la Ciudadela. El Embajador Lane Wilson aseguró a los Ministros europeos que su gobierno se apresuraría a reconocer a Huerta. Los ingleses, que en política nada ignoran, sabían que el Embajador obraba por cuenta propia; pero se aprovecharon de esta actitud en la confianza de que, dando su reconocimiento, forzarían la mano al Gobierno Americano. Pero Taft safó el cuerpo. La revolución liberal de Cuba, que con su franco apoyo derrocó al honrado Estrada Palma para poner en su lugar al costoso Gómez, fué el error más grave de su administración: su prestigio se había resentido con esta inútil y descabellada empresa. La desgraciada experiencia de Cuba evitó de igual suerte que reconociese la beligerancia de los revolucionarios maderistas de 1910 no obstante la declarada simpatía del pueblo americano.

Si el reconocimiento de las naciones interesaba a Huerta, sobre todo para hacerse de fondos, había una que le importaba más que todas, simplemente porque, teniendo esa, las tendría todas. Aunque se ofendan los patrioterros, hay que confesar esta triste verdad: "Los Estados Unidos derrocarán, si se lo proponen, a cualquier gobierno de México." El que no quiera ver la verdad tal como es, bonita o fea, que cierre los ojos. En cuanto Limantour se convenció en Nueva York de que la opinión americana estaba en contra del general Díaz, no pensó más en Taft y aconsejó la retirada, no sin po-

(1) Bajo la dirección de Miguel Díaz Lombardo y el Dr. Atl, el semanario "La Révolution au Mexique" hizo en París eficazísima propaganda contra el empréstito huertista.

ner a buen recaudo, con la transacción de Ciudad Juárez, los intereses de su clase. Es que en los Estados Unidos la opinión es el todo. Nadie, cuando se declara, ni los *trusts* mismos, que operan con el ochenta por ciento del capital americano, puede luchar contra ella. Si los bisoños consejeros provisionales de Huerta no hubieran sido verdaderos inconscientes, habrían comprendido que toda resistencia, después de la rotunda declaración de Woodrow Wilson, era criminal e insensata porque sangraba al país por una causa de antemano perdida y sin otro resultado que el enriquecimiento, también "provisional"; de algunas docenas de politicastros matricidas. Wilson no podía reconocer el gobierno de Huerta por tres razones fundamentales, por tres puntos de vista que convergían a la misma conclusión: el punto de vista político-electoral, el punto de vista pan-americano y el punto de vista sentimental.

Punto de vista político-electoral.—La gran mayoría de los habitantes del Sud y Sudóeste, principalmente, era rooseveltista. En ninguna otra zona tuvo más votos Roosevelt ni menos votos Wilson. Al mismo tiempo, era... maderista. La masa de aquella gran zona es latina y por las venas de muchos de sus habitantes corre sangre mexicana. Nadie puede negar el desdén de aquellos antiguos mexicanos, hoy civilizados, limpios, gozando de los beneficios de la democracia, por su hermano de ayer semi-salvaje, sucio y oprimido. Este sentimiento es natural, humano, hay que mirar a la verdad cara a cara. Nos llaman "grasosos" porque en realidad, salvo los habitantes de las costas, somos sucios. (Nuestros "elegantes," que admiten el polvo en su epidermis y en sus vestidos, miran con horror santo el polvo de sus zapatos charolados y se lo limpian con el pañuelo....) (1)

(1) Nuestro delicadísimo amor propio en ciertas materias no puede cegarnos hasta el extremo de negar que, en lo que concierne al arreglo de sus personas, a la manera de presentarse en público, nuestros "rotos" de la Capital y de otras Ciudades del Centro, son grotescamente estafalarios. El contravento que señala es bastante pintoresco. Si aquellos de nuestros rotos "no

Nos llaman "esclavos," porque en realidad somos esclavos. El que no experimente ese sentimiento, que tire la primera piedra. Usted tiene un tío pobre, sucio, mal educado. De improviso, introducen una visita. ¿A que oculta usted al tío? Otro caso, señor criollo. Está usted en París, en sociedad, y le presentan un peladito piojoso con estas palabras: "Le presento a su compatriota...." ¿Cuánto vamos a que se enfada usted y toma aquello por un insulto? Pero en el fondo de todo desdén hay piedad, y cuando a aquel hermano se le asesina, brota la indignación, y cuando aquel hermano se rebela, la admiración se impone. El amor propio sugiere: es digno de tí: hoy es sucio, pero lucha para ser limpio; hoy es esclavo, pero se bate para ser libre. Y el amor propio echa las campanas a vuelo. Y el amor propio coge la gran trompeta para lanzar a los cuatro vientos la gran noticia. El tejano dice al anglo-sajón: Son heroicos, estos mexicanos. Vea usted cómo se baten. Vea usted cómo mueren. Y la película de cinematógrafo hace fortuna como los vendedores de botones y retratos con la efigie de Madero, de Carranza, de Villa. Hasta en Nueva Orleans, los retratos de los héroes mexicanos reinan en los escaparates y sus proezas fascinan la imaginación popular. Es tal la sugestión de la opinión extranjera, tan extraño nuestro amor propio, que he conocido muchos huertistas que van a España y vuelven huertistas,

viajados" del Jockey Club cuidan más de sus zapatos que del resto de su persona, no es raro encontrar también en tranvía, particularmente los domingos, a rotos de distintos oficios, inclusive el simple obrero, con la cara afeitada, pero el pelo sobrado y empomado, limpio el cuello, pero sucias la pechera y el calcetín. Algo llevan, en cambio, muy uniforme: los zapatos cuyo fulgor, delirio de la novia contentadiza, miran con entecederora complacencia. En cuanto el maldito polvillo de Santiago Tlaltelolco viene y los opaca... zás, el pañuelo, el mismo que, minutos después, higieniza sus narices. Tan extraña manía pone de manifiesto la córtedad espiritual de esta gente que dirigió su curso entusiasmado al escurridizo generalillo que un agotado jerarca nos dejó, en recuerdo de charolada "paz" y testimonio de su bien embetunada "justicia." Para aplacar a estos ciudadanos que unidos a exigentes germanos clamaban contra la "impunidad" de los crímenes de Covadonga, Huerta fusiló a seis desgraciados no obstante su evidente inocencia. Charol, polvillo y... pañuelo.

pero cuando esos mismos van a San Antonio, a Houston, a Nueva Orleans, vuelven.... maderistas. El mismo sentimiento impera en Cuba y en Costa-Rica con la misma uniformidad. La razón, la misma. De los de nuestra raza, sólo una excepción: los españoles. Declararse huertista en Costa-Rica o en Cuba es formar el vacío alrededor. Me figuro que lo mismo es en las demás repúblicas hermanas. Yo me encontraba en La Habana cuando desembarcaron la madre y la viuda del Mártir. Desde el muelle, por la larga calle del Obispo, hasta el Hotel Telégrafo, una inmensa muchedumbre de todas las clases sociales esperaba a los ilustres huéspedes. Las mujeres, de luto; los hombres, con la cabeza descubierta. Ninguna otra manifestación, ningún grito. Jamás he visto nada más conmovedor. Aquella grave y silenciosa protesta, aquella delicada manera de expresar simpatía, aquel recogimiento unánime y tan profundamente respetuoso, me partía el alma, me llenaba de gratitud.... y de vergüenza. El gobierno mandó una delegación y puso chambelanes a la puerta del hotel, ordenando al propietario que no cobrase a la ilustre familia ninguna cuenta. Pasé frente a la estatua de Martí y sentí humedad en los ojos....

Pero quieto, señor corazón, que estoy trabajando. No tengo que decir más sobre este capítulo. Concluyo que mientras los mexicanos hagan revoluciones para arrancarse de la barbarie a que se les tiene sujetos, no bastará ninguna vigilancia para introducir contrabandos, impedir los negocios de río revuelto en la frontera y los robos de ganado en grande escala que indefectiblemente se producen y que por su conducta hacia Huerta, con el apoyo de la opinión sudista, Wilson tiene asegurada su reelección.

Antes de continuar, intercalo en seguida la opinión del sesudo "Post," recientemente publicada en interesantes artículos y que es muy compartida entre las clases intelectuales americanas. Según dicho periódico, que se distingue por su pacifismo, su anti-imperialismo

y su oposición a la violencia, ha pasado ya la oportunidad para una tregua entre los dos beligerantes mexicanos precisamente por lo que se invoca para pedirla: el haber durado ya tanto la contienda. "Las fuerzas —añade— que están en guerra en México, no pueden armonizarse. No se necesita ser partidario ofuscado de la causa constitucionalista para conocer que si México ha de tener un gobierno estable, ese gobierno ha de salir del parto doloroso de la Revolución. Allí no habrá paz si no se transfiere definitivamente el poder de la oligarquía que rigió el país bajo Díaz, a las clases que han estado, hasta ahora, sojuzgadas."

Y dice además: "La caída de Madero se debió en gran medida a que esa antigua clase directora (vuling) se negó a admitir que había sido vencida; y como los sucesos lo han demostrado, no lo había sido completamente. Ahora se está desarrollando el proceso necesario para llegar a ese fin."

Punto de vista pan-americano. Nadie que esté un poco al corriente de la política yanqui, puede desconocer que, particularmente desde el gran yerro de Taft en Cuba y las últimas conmociones centro-americanas en que los intereses yanquis sufrieron grandes perjuicios, la política yanqui dirige todos sus esfuerzos a mantener la paz en el continente y a conquistarse la confianza y la simpatía de los latinos que hasta hoy no han podido verlos sin ojeriza.

La próxima conferencia pan-americana de Santiago de Chile, que será presidida por Bryan, pondrá el corolario a esta política iniciada por Taft y seguida por Wilson y Bryan con recta lógica y manifiesta buena fé. Mis impresiones sobre la política pan-americana de la Casa Blanca en otras páginas de estos apuntes, se refieren a dicha conferencia. ¿Cuál es el único medio para tener la paz en los países convulsivos? Para gobernar a un pueblo se invoca un "derecho divino" o un "deber humano". Un monarca ejerce o cree ejercer un "derecho". Un man-

datario del pueblo cumple con un "deber" que le ha sido impuesto por la voluntad de ese pueblo. Cuando Félix puso estas palabras en su programa: "Paz y Justicia" evidenció su ignorancia y su insolvencia intelectual. La paz consiste y así se ha definido en todos los tiempos, en el respeto al derecho ajeno. ¿Qué derecho combatía Félix? El derecho "del pueblo", pues Madero no usaba de un derecho al ocupar la presidencia, sino que ejercitaba un deber. Ahora bien, ¿qué derecho tenía el Señor don Félix Díaz para oponerse a la voluntad del pueblo? ¿Que Madero no podía dar la paz preconizada en el programa de don Félix? ¡Irrisón! Sin la existencia de don Félix, don Bernardo y don Pascual, el problema morelense se habría solucionado fácilmente. Hacer la guerra en nombre de la paz, es un colmo.

Más aún, ni el pueblo mexicano mismo, salvo el caso de alta traición, tenía el derecho de retirar su mandato. Si el pueblo mexicano se había equivocado, bien sencillo era aguantarse hasta la conclusión del período, como esperó treinta años a don Porfirio. Los maderistas, único grupo cívico de México, inscribían este evangelio en sus estandartes: "El voto es la palabra de honor". Hay verdades tan evidentes, que se injuria a la razón con pretender demostrarlas.

La doctrina de Wilson es un simple derecho de gentes: "no reconocer en América un gobierno que se eleva por el crimen y la traición". Una simple fórmula de paz. Cuando Wilson vio este precepto, podrá dudarse de su buena fé.

A raíz de los trágicos acontecimientos de febrero, un senador hizo en el Congreso Americano la siguiente declaración: "El caso de México nos impone una conducta determinada y enérgica. De ella depende la vida de varios presidentes del Sur. Si reconocemos el gobierno de hecho del general Huerta, las facciones asesinarán a sus presidentes, porque les habremos mostrado el camino más corto para apoderarse del gobierno".

Dos elementos tenía Wilson para juzgar la situación

en el punto de vista pan-americano: el elemento pueblo y el elemento gobierno. Sus agentes deben haberle dado cuenta de la ola de indignación que corrió por toda América. La sangrienta burla de los pretorianos al pueblo mexicano después de una incalificable traición, provocó en todos los corazones una verdadera explosión de cólera. En Buenos Aires, como en Rio Janeiro, como en Chicago, se consideraba a Huerta como el traidor, el asesino que había sobrepujado a Judas, pues Judas no había sido designado por el Maestro como el primero de sus discípulos ni lo asesinó y Madero había puesto en manos de Huerta la espada del pueblo. (1) La opinión pública pan-americana era, pues, neta y compacta. ¿Qué razón había para que no la compartieran sus gobiernos? Aunque nó fuera más que por su interés personal, los gobernantes del Continente no podían ver con buenos ojos que se sentase semejante precedente tan contrario a la paz, a los principios y a la estabilidad de sus gobiernos. El venal esfuerzo de Ugarte no pudo cambiar en nada la opinión sud-americana.

Punto de vista sentimental. Ni Roosevelt ni Taft habrían detenídose seguramente en considerar los asuntos del Estado bajo este especial punto de vista; pero Woodrow Wilson es una personalidad fuertemente idealista. Un hombre que no pretende otra gloria que ser, como dice él mismo, "un maestro de escuela que sueña con la honradez entre los pueblos" y que afirma que "no servirá de instrumento a las ambiciones solapadas de maquiavelos mexicanos"; un hombre que orgulloso de su título de primer ciudadano de un gran pueblo, se enfrenta a los trusts en nombre de los intereses de las masas; un hombre, en fin, que por mil conceptos tiene que

(1) En verdad estricta, la comparación es injusta. Judas era un avaro, un traidor, mas no un asesino. Cuando supo que su maestro había sido condenado a muerte, arrojó en el acto su dinero lejos de sí y se ahorcó en seguida. Además, si Judas traicionó por avaricia, Huerta traicionó no sólo para adquirir poder, honores y riquezas, sino también para poder satisfacer sus instintos homicidas en la impunidad.

haber sentido tanta admiración por Madero, con quien tenía tantas afinidades, tanta semejanza, no podía experimentar por su asesino otro sentimiento que el de la más invencible repulsión. Tan franca es esa repulsión, tan alta la dignidad de este gran repúblico, que cuando tiene que referirse al Traidor, pasando por todos los usos protocolarios, lo llama simplemente: "Victoriano Huerta".

Para quien conoce esos usos, ¿puede concebirse mayor signo de desprecio, anatema más formidable? Así como el infortunado capitán Garmendia se rehusó en la Cámara a pronunciar el nombre de un provocador abofeteado, porque "hay nombres que manchan los labios", así Woodrow Wilson dice: tengo que referirme a este hombre, pero no lo llamaré presidente, ni general, ni "mister" siquiera. Lo designaré con el nombre fatídico, único que recogerá la historia y que es todo un símbolo: Victoriano Huerta.

¿Qué apoyo quedaba, pues, a los criminales de febrero? ¿Inglaterra? Al menor gesto agresivo de la vieja Albión, el Canadá sería absorbido por los yanquis con mucha mayor facilidad que pudiera serlo México. Además, los dos hermanos sajones se enseñan los dientes de vez en cuando, pero siempre se las han arreglado para encontrar, ambos, en cada cuestión que se suscita, su beneficio. Por grandes que sean sus intereses en México, las naciones europeas consideran a los Estados Unidos como el fiador, como el tutor nato de la República Mexicana. Si alguna intentare una acción aislada, el momento sería poco propicio, cuando todo el mundo sabe que cada una de las tres grandes potencias europeas se preocupa de atesorar oro para la guerra que se avecina y cuyo escenario no será otro, por cierto, que su propio continente....

Quedaba el Japón. Cuando el marioneta ese que jamás sacó su espada para defender a su tío, a su protector pero sí la sacó para ensangrentar a su país con el dinero sacado del cajón de los tenderos asturianos; cuan-

do el bufo "Héroe de la Ciudadela" guardó su sombrero montado y se puso la boina para encaminarse al Japón, sus pálidos partidarios exclamaron: Ahora sí! La alianza con el Jpón contra los americanos! Y mucho dinero! Y muchas armas! Se le permitiría al Japón invadir el territorio americano por los puertos del Pacífico. Se le garantizaría la neutralidad de la "marina" nacional....

Llegó su turno al infructuoso señor de la Barra. Mandaría muchos luises, o libras o marcos y si no, el Japón daría varios millones....

El Japón es la más pobre de las potencias. Este año no tiene ni cosechas ni pescados. Según los periódicos europeos, no se ha recolectado una milésima parte de la producción media y, además, han quedado despobladas las pescaderías por causas que ni las cartas ni los telegramas especifican. Un largo relato que contiene horribles detalles de abyección y de miseria, que pinta a los hombres matando para arrebatar un alimento que calme su hambre por unos instantes, otros que matan para comer en la cárcel, concluye así: "No es posible pintar tanta miseria; los detalles resumidos bastan para dar idea de ella y comprender cuán justificadas son las preocupaciones del gobierno del mikado y cuán infundados los temores de los yanquis, que suponían aquél en connivencia con los de Alemania y de Inglaterra para abrir una campaña que limite o anule la influencia de los norteamericanos en el Sur. Los nipones no pueden ocuparse de otra cosa que de remediar tan tremendas calamidades".

¿Cómo explicarse, pues, la obstinación de los traidores de Febrero? Su gobierno nació con un chancro en el corazón y no hay médico que lo cure. Saben que está condenado a muerte; saben que el país se arruina por instantes, y, sin embargo, persisten. Cada vez que su patrón abre la boca, cuando no es para ingerir coñac, es para decir: "Vamos bien: Carranza se agota, Villa lo desprestigia, tenemos dinero, mucho dinero" y luego bebe otro traguito. Estamos, podría decirse, como quien se